



Título original: *Sense and Sensibility*

© 2026, de la traducción por Alexandra Rodrigo Vázquez

© 2026, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: mayo de 2026

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11 3.º 1.ª Izq., Barcelona, 08010 (España)
www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

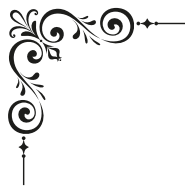
ISBN: 979-13-87788-37-7
DL: 1.904-2026

Diseño de interiores:
David Pablo

Composición:
Kim Amate

Impreso en mayo de 2026 en  Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.



JANE AUSTEN

SENTIDO Y SENSIBILIDAD

TRADUCCIÓN DE ALEXANDRA RODRIGO VÁZQUEZ



Newton Compton Editores
Barcelona, 2026

CAPÍTULO I

La familia Dashwood llevaba mucho tiempo afincada en Sussex. Su propiedad era de buen tamaño, y su residencia estaba en Norland Park, en el centro de la finca, donde la manera digna en que habían vivido durante muchas generaciones les había proporcionado el respeto de todos los conocidos del lugar. El último dueño de esta propiedad había sido un hombre soltero, que había alcanzado una avanzada edad, y que durante gran parte de su existencia había tenido en su hermana una fiel compañera y ama de casa. Pero la muerte de ella, ocurrida diez años antes que la suya, produjo grandes alteraciones en su hogar. Para compensar tal pérdida, invitó y recibió en su casa a la familia de su sobrino, el señor Henry Dashwood, el legítimo heredero de la finca Norland y la persona a quien se proponía dejar todo en su testamento. En compañía de su sobrino y sobrina, y de los hijos de ambos, la vida había transcurrido confortablemente para el anciano caballero. Su apego a todos ellos había crecido con el tiempo. La constante atención que el señor Henry Dashwood y su esposa prestaban a sus deseos, nacida no del mero interés, sino de la bondad de sus corazones, hizo que su vida fuera agradable en todo lo que convenía a su edad; y la alegría de los niños añadía entusiasmo a su existencia.

De un matrimonio anterior, el señor Henry Dashwood tenía un hijo; y de su esposa actual, tres hijas. El hijo, un joven serio y respetable, tenía el futuro asegurado por la fortuna de su madre, que era cuantiosa, y de cuya mitad había entrado

en posesión al cumplir su mayoría de edad. Además, su propio matrimonio, ocurrido poco después, lo había hecho aún más rico. Para él, entonces, el legado de la finca Norland no era tan importante como para sus hermanas; pues ellas, al margen de lo que pudiera llegarles si su padre heredaba esa propiedad, poseían una fortuna escasa. Su madre no tenía nada y el padre solo podía disponer de siete mil libras, porque de la restante mitad de la fortuna de su primera esposa también era beneficiario el hijo, y solo él tenía derecho a su usufructo mientras viviera.

Murió el anciano caballero, se leyó su testamento y, como casi todos los testamentos, generó por igual desilusiones y alegrías. En su última voluntad no había sido ni tan injusto ni tan desagradecido como para privar a su sobrino de las tierras, pero se las había dejado en términos tales que destruían la mitad del valor del legado. El señor Dashwood había deseado esas propiedades más por el bienestar de su esposa e hijas que para sí mismo y su hijo; sin embargo, la herencia estaba asignada a su hijo y al hijo de este, un niño de cuatro años, de tal manera que a él le quitaban toda posibilidad de velar por aquellas a las que más quería y que más necesitaban su apoyo, tanto a través de un eventual gravamen sobre las propiedades como a través de la venta de sus valiosos bosques. Se habían tomado las previsiones necesarias para asegurar que todo fuera en beneficio de este niño, el cual, en sus ocasionales visitas a Norland con su padre y su madre, se había ganado el afecto de su tío con ese tipo de encantos que no escasean en los niños de esa edad: una pronunciación imperfecta, el inquebrantable deseo de hacer siempre su voluntad, incontables jugarretas y artimañas, gracias que terminaron por desplazar el valor de las atenciones que, durante años, había recibido el caballero de su sobrina y de las hijas de esta. No era su intención, sin embargo, faltar a la bondad, y como señal de su afecto por las tres niñas, dejó mil libras a cada una.

En un comienzo la desilusión del señor Dashwood fue profunda; pero era de temperamento alegre y confiado; esperaba vivir muchos años y, haciéndolo de manera sobria, ahorrar una suma considerable de la renta de una propiedad de buen tamaño, que podía incrementarse. Pero la fortuna, que había tardado tanto en llegar, fue suya durante un año. Solo eso sobrevivió a su tío, y diez mil libras fue todo lo que quedó para su viuda e hijas.

Tan pronto como se supo que la vida del señor Dashwood peligraba, convocaron a su hijo y a él le encargó el padre, con la intensidad y urgencia que la enfermedad hacía necesarias, el bienestar de su madrastra y hermanas. El señor John Dashwood no tenía la profundidad de sentimientos del resto de la familia, pero sí le afectó una recomendación de tal índole en un momento como ese, y prometió hacer todo lo que le fuera posible por la comodidad de sus familiares. El padre se sintió tranquilo ante tal promesa, y el señor John Dashwood se entregó entonces sin prisa a considerar cuánto podría prudentemente hacer por ellas.

No era John Dashwood un joven mal dispuesto, a menos que ser algo frío de corazón y un poco egoísta sea tener mala disposición; pero en general era respetado, porque se comportaba con corrección en el desempeño de sus deberes habituales. Si se hubiera casado con una mujer más amable, podría haber llegado a ser más apreciable de lo que era—incluso él mismo podría haberse transformado en alguien amable—, porque era muy joven cuando se casó y le tenía mucho cariño a su esposa. Pero la señora de John Dashwood era una áspera caricatura de su esposo, más estrecha de mente y más egoísta que él.

Al hacer la promesa a su padre, había sopesado en su interior la posibilidad de aumentar la fortuna de sus hermanas obsequiándolas con mil libras a cada una. En ese momento realmente se sintió a la altura de tal cometido. La perspectiva

de aumentar sus ingresos actuales con cuatro mil libras anuales, que venían a sumarse a la mitad restante de la fortuna de su propia madre, le alegraba el corazón y lo hacía sentirse muy generoso. Sí, les daría tres mil libras: ¡qué gesto espléndido y elegante! Sería suficiente para que tuvieran una situación holgada. ¡Tres mil libras! Podía desprenderse de esa suma sin ningún inconveniente. Pensó en ello durante muchos días sucesivos, y no se arrepintió.

En cuanto terminó el funeral de su padre, la esposa de John Dashwood, sin haber dado aviso alguno de sus intenciones a su suegra, llegó con su hijo y sus criados. Nadie podía discutirle su derecho a venir: la casa pertenecía a su esposo desde el momento mismo de la muerte de su padre. Pero eso mismo agravaba la falta de delicadeza de su conducta, y no se necesitaba ninguna sensibilidad especial para que a cualquier mujer en la situación de la señora Dashwood le resultara desagradable; ella tenía, sin embargo, tal sentido del honor, una generosidad tan romántica, que cualquier ofensa de ese tipo, ejercida o recibida por quienquiera que fuese, se transformaba en fuente de imborrable disgusto. La señora de John Dashwood nunca había contado con el especial favor de nadie en la familia de su esposo; pero, hasta el momento, no había tenido oportunidad de mostrarles con cuán poca consideración por el bienestar de otras personas podía actuar si hacía falta.

Sintió la señora Dashwood de manera tan aguda este descortés proceder, y le causó un desdén hacia su nuera tan intenso, que habría abandonado la casa para siempre de no haber sido porque, primero, su hija mayor le suplicó que reflexionara sobre la conveniencia de hacerlo, y, más tarde, el tierno amor que sentía por sus tres hijas hizo que decidiera quedarse y evitar una ruptura con el hermano.

Elinor, esta hija mayor cuya recomendación había sido tan eficaz, poseía una solidez de entendimiento y serenidad de

juicio que la cualificaban, aunque solo tuviera diecinueve años, para aconsejar y a menudo le permitían contrarrestar, para beneficio de toda la familia, esa vehemencia de espíritu en la señora Dashwood que tantas veces pudo haberla llevado a la imprudencia. Era de gran corazón, de carácter afectuoso y sentimientos profundos. Pero sabía cómo gobernarlos: algo que su madre todavía estaba por aprender, y que una de sus hermanas había resuelto no asimilar nunca.

Las cualidades de Marianne estaban, en muchos aspectos, a la par de las de Elinor. Tenía inteligencia y buen juicio, pero era vehemente en todo; ni sus penas ni sus alegrías conocían la moderación. Era generosa, amable, interesante: era todo menos prudente. La semejanza entre ella y su madre era notable.

A Elinor le preocupaba la excesiva sensibilidad de su hermana, la misma que la señora Dashwood valoraba y apreciaba. En las actuales circunstancias, una a otra se incitaban a vivir su aflicción sin permitir que amainara su violencia. Voluntariamente renovaban, buscaban, recreaban una y otra vez la agonía de la pesadumbre que las había abrumado en un comienzo. Se entregaban a su pena, buscando aumentar su desdicha en cada imagen capaz de reflejarla, y no admitían consuelo en el futuro. También Elinor estaba afligida, pero aún podía luchar, podía esforzarse. Podía consultar con su hermano, y recibir a su cuñada a su llegada y ofrecerle la debida atención; y podía luchar por inducir a su madre a similares esfuerzos y animarla a alcanzar un dominio similar sobre sí misma.

Margaret, la otra hermana, era una niña alegre y de buen carácter, pero, como ya había absorbido una buena dosis de las ideas románticas de Marianne, sin poseer demasiada sensatez, a los trece años no parecía dispuesta a igualar a sus hermanas mayores en posteriores etapas de su vida.

CAPÍTULO II

La señora de John Dashwood se instaló como dueña y señora de Norland, y su suegra y cuñadas descendieron a la categoría de visitantes. Como tales, sin embargo, las trataba con exquisita cortesía, y su marido con tanta bondad como le era posible sentir hacia cualquiera más allá de sí mismo, su esposa e hijo. Realmente insistió, con tenacidad, para que consideraran Norland como su hogar; y, dado que ningún proyecto le parecía tan conveniente a la señora Dashwood como permanecer allí hasta acomodarse en una casa de la vecindad, aceptó su invitación.

Quedarse en un lugar en el que todo le recordaba antiguas alegrías era lo que mejor le sentaba a su mente. En los buenos tiempos, nadie había tenido un temperamento más alegre que el de ella ni había poseído en mayor grado esa optimista expectativa de felicidad que es la felicidad misma. Pero también en la pena se dejaba llevar por la fantasía, y se hacía tan inconsolable como en el placer se había mostrado más allá de toda moderación.

La señora de John Dashwood no aprobaba en absoluto lo que su esposo se proponía hacer por sus hermanas. Disminuir en tres mil libras la fortuna de su muchachito significaría empobrecerlo de manera atroz. Le imploró que lo pensara mejor. ¿Cómo podría justificarse ante sí mismo si privaba a su hijo, su único hijo, de tan enorme suma? ¿Y qué derecho podían tener las señoritas Dashwood, que eran solo sus medias hermanas –lo que para ella significaba que no eran

parientes del todo—, a exigir de su generosidad una cantidad tan grande? Era sabido que no se podía esperar ninguna clase de afecto entre los hijos de distintos matrimonios de un hombre; y ¿por qué habían de arruinarse él y su pobrecito Harry, regalándoles a sus medias hermanas todo su dinero?

—Fue la última petición de mi padre —respondió su esposo—, que ayudara a su viuda y a sus hijas.

—Me atrevería a decir que no sabía de qué estaba hablando; diez a uno a que le fallaba la cabeza en ese momento. Si hubiera estado en sus cabales, no podría habersele ocurrido pedirte algo así, que despojaras a tu propio hijo de la mitad de tu fortuna.

—Mi querida Fanny, él no estipuló ninguna cantidad en particular; tan solo me pidió, en términos generales, que las apoyara e hiciera su situación algo más desahogada de lo que estaba en sus manos hacer. Quizá habría sido mejor que dejara todo a mi criterio. Difícilmente habría podido suponer que yo las abandonaría a su suerte. Pero, como él quiso que se lo prometiera, no pude menos que hacerlo. Al menos, eso pensé. Así que hice la promesa, y debe ser cumplida. Algo hay que hacer por ellas cuando dejen Norland y se establezcan en un nuevo hogar.

—Está bien, entonces, hay que hacer algo por ellas, pero ese algo no tiene por qué ser tres mil libras. Ten en cuenta —agregó— que, cuando uno se desprende del dinero, nunca más lo recupera. Tus hermanas se casarán, y el dinero se habrá ido para siempre. Si al menos algún día se lo pudieran devolver a nuestro pobre hijito...

—Pero, por supuesto —dijo su esposo con gran seriedad—, eso cambiaría todo. Puede llegar un momento en que Harry lamente haberse separado de una suma tan grande. Si, por ejemplo, tuviera una familia numerosa, sería un conveniente suplemento a sus rentas.

—De cualquier manera lo sería.

—Quizá, entonces, sería mejor para todos si se disminuyera la cantidad a la mitad. ¡Quinientas libras significarían un portentoso incremento en sus fortunas!

—¡Ah, más allá de todo lo que pudiera imaginarse! ¿Qué persona en el mundo haría siquiera la mitad por sus hermanas, incluso si fuesen verdaderas hermanas? Y en este caso... ¡solo medias hermanas! Pero ¡eres muy generoso!

—No querría hacer nada mezquino —respondió él—. En estas ocasiones, uno preferiría hacer demasiado antes que poco. Al menos, nadie puede pensar que no he hecho suficiente por ellas; incluso ellas mismas difícilmente podrían esperar más.

—Imposible saber qué podrían esperar ellas —dijo la señora—, pero no nos corresponde pensar en sus expectativas. La cuestión es qué es lo que puedes permitirte hacer.

—Sin duda, y creo que puedo permitirme darle quinientas libras a cada una. Tal como están las cosas, sin que yo agregue nada, cada una tendrá más de tres mil libras cuando muera su madre: una fortuna muy satisfactoria para cualquier mujer joven.

—Claro que sí; y se me ocurre que quizá no quieran ninguna suma adicional. Tendrán diez mil libras entre las tres. Si se casan, seguro conseguirán un buen matrimonio; y, si no lo hacen, pueden vivir juntas de manera holgada con los intereses de las diez mil libras.

—Absolutamente cierto, y, por lo tanto, no sé si, considerándolo todo, no sería más aconsejable hacer algo por su madre mientras viva, antes que por ellas; algo como una pensión anual, quiero decir. Mis hermanas percibirían los beneficios tanto como ella. Cien libras al año las mantendrían en una perfecta comodidad.

Su esposa dudó, sin embargo, en dar su aprobación a este plan.

—De todas maneras —dijo—, es mejor que separarse de

quinientas libras de una vez. Pero, si la señora Dashwood vive quince años más, eso se convertiría en un abuso.

—¡Quince años! Mi querida Fanny, su vida no puede valer ni la mitad de tal cantidad.

—Por supuesto que no; pero, si te fijas, la gente siempre vive eternamente cuando hay una pensión de por medio; y ella es fuerte y saludable, y apenas ha cumplido los cuarenta. Una pensión anual es un asunto serio; se repite año tras año y no hay forma de librarse de ella. Uno no se da cuenta de lo que hace. Yo he conocido bastante los problemas que acarrean las pensiones anuales, porque mi madre se encontraba maniatada por la obligación de pagárselas a tres antiguos sirvientes jubilados, según mi padre lo había establecido en su testamento. Es increíble qué desagradable lo encontraba. Dos veces al año había que pagar estas pensiones; y, además, estaba el problema de hacérselas llegar; luego se dijo que uno de ellos había muerto, y después resultó que no. A mi madre le enfermaba todo el asunto. Sus ganancias no eran de ella, decía, con estas perpetuas demandas; y había sido muy poco considerado por parte de mi padre, porque, de otra forma, el dinero habría estado por completo a disposición de mi madre, sin restricción alguna. De allí me viene tal aborrecimiento a las pensiones que estoy segura de que por nada del mundo me ataré al pago de una.

—Es desagradable —replicó el señor Dashwood— que cada año se escurra de esa forma parte del ingreso de uno. Los bienes con que uno cuenta, como tan justamente dice tu madre, no son de uno. Estar obligado a pagar con regularidad una suma como esa en fechas fijas no es para nada deseable: lo priva a uno de su independencia.

—Sin duda; y, encima, nadie te lo agradece. Sienten que están asegurados, no haces más de lo que se espera de ti y no despierta ninguna gratitud. Si estuviera en tu lugar, para cualquier cosa que hiciera me guiaría por mi único criterio. No

me comprometería a darles nada todos los años. Algunos años puede ser inconveniente desprenderse de cien, o incluso de cincuenta libras, sacándolas de nuestros gastos.

—Creo que tienes razón, mi amor; será mejor que no haya renta anual en este caso; lo que sea que les pueda dar ocasionalmente será de mayor ayuda que una asignación anual, porque si se sintieran seguras de un ingreso mayor solo elevarían su estilo de vida, y con ello no serían un penique más ricas al final del año. En cualquier caso, será lo mejor. Un regalo de cincuenta libras de vez en cuando impedirá que se aflijan por asuntos de dinero, y pienso que saldrá de manera amplia la promesa hecha a mi padre.

—Por supuesto. A decir verdad, estoy convencida de que la idea de tu padre no era en absoluto que les dieras dinero. Me atrevo a decir que la ayuda en que pensaba era lo que razonablemente podría esperarse de ti; por ejemplo, cosas como buscar una casa pequeña y cómoda para ellas, ayudarlas a trasladar sus enseres, enviarles algún presente de pesca y caza, o algo así, siempre que sea la temporada. Apostaría mi vida a que no estaba pensando en más que eso; en verdad, sería bastante raro e impropio si hubiera pretendido otra cosa. Si no, piensa, mi querido señor Dashwood, qué holgadas pueden vivir tu madrastra y sus hijas con los intereses de siete mil libras, además de las mil libras de cada una de las niñas, que les aportan cincuenta libras anuales por persona; y, por supuesto, de allí le pagarán a su madre por su alojamiento. Entre todas juntarán quinientas libras anuales, ¿se te ocurre para qué van a querer más cuatro mujeres? ¡Les saldrá muy barato vivir! El mantenimiento de la casa no será nada. No tendrán carruajes ni caballos, y casi ningún sirviente; no recibirán visitas, ¡y qué gastos van a tener! ¡Tan solo piensa en lo bien que van a estar! ¡Quinientas anuales! No puedo ni imaginar cómo gastarán ni siquiera la mitad; es absurdo pensar que les des más. Estarán en mejores condiciones de darte a ti algo.

—A fe mía —dijo el señor Dashwood—, creo que tienes razón. De todas maneras, con su petición, mi padre no puede haber querido decir sino lo que tú señalas. Me parece muy claro ahora, y cumpliré mi compromiso con algunas ayudas y gentilezas como las que has descrito. Cuando mi madre se traslade a otra casa, me pondré a su servicio en todo lo que me sea posible para acomodarla. Quizá también sea adecuado obsequiarle algún mueble.

—Por supuesto —replicó la señora Dashwood—. No obstante, hay una cosa que debe tenerse en cuenta. Cuando tu padre y tu madre se trasladaron a Norland, aunque vendieron el mobiliario de Stanhill, guardaron toda la vajilla, los cubiertos y la mantelería, que ahora han quedado para tu madre. Y así, en cuanto se cambien, tendrán su casa casi completamente equipada.

—Sin duda, esa es una reflexión de gran importancia. ¡Un legado valioso, claro que sí! Y parte de la platería habría sido aquí una muy grata incorporación a la nuestra.

—Sí; y la vajilla para el desayuno es el doble de hermosa que la de esta casa. Demasiado hermosa, a mi juicio, para cualquiera de los lugares en los que ellas podrán permitirse vivir. Pero, de cualquier modo, así son las cosas. Tu padre solo pensó en ellas. Y debo decir esto: no le debes a él ninguna gratitud en especial ni estás obligado con sus deseos, porque bien sabemos que, si hubiera podido, les habría dejado casi todo lo que poseía en el mundo a ellas.

Este argumento fue irresistible. En él encontró John Dashwood toda la fuerza que antes le había faltado para llevar a cabo sus propósitos; y, por último, resolvió que sería por completo innecesario, si no totalmente inadecuado, hacer más por la viuda y las hijas de su padre que esos gestos de buena vecindad que su propia esposa le indicaba.

CAPÍTULO III

La señora Dashwood permaneció en Norland varios meses, y no porque no deseara salir de allí una vez que los lugares que tan bien conocía dejaron de despertarle la violenta emoción que durante un tiempo le habían producido; pues, cuando su ánimo comenzó a revivir y su mente pudo dedicarse a algo más que agudizar su dolor mediante recuerdos melancólicos, se llenó de impaciencia por partir y se dedicó a buscar una residencia adecuada en las vecindades de Norland, ya que le era imposible irse lejos de ese lugar tan amado. Pero no le llegaba noticia alguna de lugares que a la vez satisficieran sus nociones de comodidad y bienestar y se adecuaran a la prudencia de su hija mayor, que rechazó varias casas que su madre habría aprobado, considerándolas muy grandes para sus ingresos.

Su esposo había informado a la señora Dashwood de la solemne promesa que había hecho su hijo en favor de ella y sus hijas, la cual había llenado de consuelo sus últimos pensamientos en la tierra. Ella no dudaba de la sinceridad de este compromiso más de lo que el difunto había dudado, y sentía al respecto gran satisfacción, sobre todo pensando en el bienestar de sus hijas; por su parte, sin embargo, estaba convencida de que mucho menos de siete mil libras como capital le permitirían vivir en la abundancia. También se regocijaba por el hermano de sus hijas, por la bondad de ese hermano, y se reprochaba no haber hecho justicia a sus méritos antes, al creerlo incapaz de tanta generosidad. Su atento

comportamiento hacia ella y sus hermanas la convenció de que su bienestar era caro a sus ojos y, durante un tiempo, confió en el altruismo de sus intenciones.

El desdén que, al comienzo de su relación, había sentido por su nuera, aumentó al conocer mejor su carácter tras ese medio año de vivir con ella y su familia; y quizá, a pesar de las muestras de cortesía y afecto maternal que ella le había demostrado, las dos damas habrían encontrado imposible vivir juntas durante tanto tiempo de no haber ocurrido una circunstancia particular que hizo más aceptable, en opinión de la señora Dashwood, la permanencia de sus hijas en Norland.

Esta circunstancia fue un creciente afecto entre su hija mayor y el hermano de la señora de John Dashwood, un joven caballeroso y agradable que les presentaron poco después de la llegada de su hermana a Norland y que desde entonces había pasado gran parte del tiempo allí.

Algunas madres podrían haber alentado esa intimidad guiadas por el interés, dado que Edward Ferrars era el hijo mayor de un hombre que había muerto muy rico; y otras la habrían reprimido por motivos de prudencia, ya que, excepto por una suma baladí, la totalidad de su fortuna dependía de la voluntad de su madre. Pero ninguna de esas consideraciones pesó en la señora Dashwood. Le bastaba que él pareciera afable, que amara a su hija y que esa simpatía fuera recíproca. Era contrario a todas sus creencias el que la diferencia de fortuna debiera mantener separada a una pareja atraída por la semejanza de sus naturalezas; y que los méritos de Elinor no fueran apreciados por quienes la conocían le parecía inconcebible.

No fueron dones especiales en su apariencia o trato los que hicieron merecedor a Edward Ferrars de la buena opinión de la señora Dashwood y sus hijas. No era atractivo y solo en la intimidad llegaba a mostrar qué agradable podía ser su trato. Era demasiado inseguro para hacerse justicia a sí mismo;

pero, cuando vencía su natural timidez, su comportamiento revelaba un corazón franco y afectuoso. Era de buen entendimiento y la educación le había dado una mayor solidez en ese aspecto. Pero ni sus habilidades ni su inclinación lo dotaban para satisfacer los deseos de su madre y hermana, que anhelaban verlo distinguido como..., apenas sabían como qué. Querían que de una manera u otra ocupara un lugar importante en el mundo. Su madre deseaba que se interesara en política, hacerlo llegar al parlamento o verlo conectado con alguno de los grandes hombres del momento. La señora de John Dashwood deseaba lo mismo; entretanto, hasta poder alcanzar alguna de esas bendiciones superiores, habría satisfecho la ambición de ambas verlo conducir un birlocho. Pero Edward no tenía inclinación alguna ni hacia los grandes hombres ni hacia los birlochos. Todos sus deseos se centraban en la comodidad doméstica y en la tranquilidad de la vida privada. Por fortuna, tenía un hermano más prometedor.

Edward llevaba varias semanas en la casa antes de que la señora Dashwood se fijara en él, ya que en esa época el estado de aflicción en que se encontraba la hacía indiferente a todo lo que la rodeaba. Solo vio que era callado y discreto, y le agradó. No perturbaba con conversaciones inoportunas la desdicha que llenaba sus pensamientos. Lo que primero la llevó a observarlo con mayor detención y a que le gustara aún más fue una reflexión casual que hizo Elinor un día respecto a lo diferente que era de su hermana. La alusión a ese contraste lo situó en el favor de la madre.

—Con eso basta —dijo—, basta decir que no es como Fanny. Implica que en él se puede encontrar todo lo que hay de amable. Ya lo amo.

—Creo que llegará a gustarte —dijo Elinor— cuando lo conozcas más.

—¡Gustarme! —replicó la madre, con una sonrisa—. No puedo abrigar ningún sentimiento de aprobación inferior al amor.

—Podrías estimarlo.

—No he llegado a saber aún lo que es separar la estimación del amor.

La señora Dashwood se afanó ahora en conocerlo más. Con sus modales afectuosos, rápidamente venció la reserva del joven. Muy pronto advirtió lo grandes que eran sus méritos; el estar persuadida de su interés por Elinor quizá la hizo más perspicaz, pero realmente se sentía segura de su valor. E incluso las sosegadas maneras de Edward, que atentaban contra las más arraigadas ideas de la señora Dashwood respecto a lo que debiera ser el trato de un joven, dejaron de parecerle insípidas cuando advirtió que era de corazón cálido y temperamento afectuoso.

Ante el primer signo de amor que percibió en su comportamiento hacia Elinor, dio por cierta la existencia de un vínculo serio entre ellos y empezó a considerar seriamente su matrimonio como algo que pronto se haría realidad.

—En pocos meses más, mi querida Marianne —le dijo—, con seguridad Elinor se habrá establecido para siempre. Para nosotros será una pérdida, pero ella será feliz.

—¡Ay, mamá! ¿Qué haremos sin ella?

—Mi amor, apenas será una separación. Viviremos a pocas millas de distancia y nos veremos todos los días. Tú ganarás un hermano, uno de verdad, cariñoso. Tengo la mejor opinión sobre los sentimientos de Edward... Pero te noto seria, Marianne, ¿desapruebas la elección de tu hermana?

—Quizá —dijo Marianne— me sorprenda algo. Edward es muy amable y siento gran ternura por él. Pero, aun así, no es la clase de joven... Hay algo que falta, no sobresale por su apariencia, carece de esa gracia que yo habría esperado en el hombre por el cual mi hermana se sintiera atraída. En sus ojos no se advierte ese espíritu, ese fuego, que anuncian a la vez virtud e inteligencia. Y además de esto, temo, mamá, que carece de gusto. La música apenas le interesa y, aunque

admira los dibujos de Elinor, no es la admiración de alguien que pueda entender su valor. Es evidente, a pesar de su atención cuando ella dibuja, que de hecho no sabe nada en esta materia. Admira como un enamorado, no como un entendido. Para sentirme satisfecha, esos rasgos deben ir unidos. No podría ser feliz con un hombre cuyo gusto no coincidiera con el mío. Él debe penetrar todos mis sentimientos; a ambos nos deben encantar los mismos libros, la misma música. ¡Ay, mamá! ¡Qué falta de fuego, qué mansa fue la actitud de Edward cuando nos leyó anoche! Lo sentí terriblemente por mi hermana. Y, sin embargo, ella lo sobrellevó con tanta compostura que no pareció notarlo. A duras penas pude permanecer sentada. ¡Escuchar esos hermosos versos que me han hecho casi perder el sentido, pronunciados con tan impenetrable calma, tan atroz indiferencia!

—En verdad le habría hecho mucha mayor justicia a una prosa sencilla y elegante. Lo pensé en ese momento; deberías pasarle a Cowper.

—No, mamá, ¡ni Cowper es capaz de animarlo! Debemos admitir que hay diferencias de gusto. En Elinor no se da mi manera de sentir, así que puede pasar esas cosas por alto y ser feliz con él. Pero si yo lo amara me habría destrozado el corazón escucharlo leer con tan poca sensibilidad. Mamá, cuanto más conozco el mundo, más convencida estoy de que jamás encontraré a un hombre al que pueda amar. ¿Es tanto lo que pido? Debe tener todas las virtudes de Edward, y su apariencia y modales deben adornar su bondad con todas las gracias posibles.

—Recuerda, mi amor, que aún no tienes diecisiete años. Es demasiado temprano en la vida para que desespere de lograr tal felicidad. ¿Por qué deberías ser menos afortunada que tu madre? ¡Que en tan solo una circunstancia, Marianne mía, tu destino sea diferente al de ella!

CAPÍTULO IV

—**Q**ué lástima, Elinor —dijo Marianne—, que Edward carezca de gusto para el dibujo.

—Que carezca de gusto para el dibujo... ¿Y qué te hace pensar eso? —replicó Elinor—. Él no dibuja, es cierto, pero disfruta viendo dibujar a otras personas y, puedo asegurártelo, de ninguna manera está falto de un buen gusto natural, aunque no se le ha ofrecido oportunidad de mejorarlo. Si alguna vez hubiera tenido la posibilidad de aprender, creo que habría dibujado bien. Desconfía tanto de su propio juicio en estas materias que es reacio a dar su opinión sobre cualquier cuadro; pero tiene una innata finura y simplicidad de gusto que, en general, lo guía de manera adecuada.

Marianne temía ser ofensiva y no dijo nada más acerca del tema; pero la clase de aprobación que, según Elinor, despertaban en él los dibujos de otras personas estaba lejos del extasiado placer que, en su opinión, era el exclusivo merecedor de ser llamado gusto. No obstante, y aunque sonriendo para sí misma ante el error, rendía tributo a su hermana por esa ciega predilección por Edward que la llevaba a equivocarse.

—Espero, Marianne —continuó Elinor—, que no lo consideres falto de gusto en general. En verdad, creo poder decir que no piensas eso, porque tu comportamiento hacia él es del todo cordial; y, si esa fuera tu opinión, estoy segura de que no serías capaz de ser atenta con él.

Marianne casi no supo qué decir. No quería herir los

sentimientos de su hermana, pero le era imposible decir algo que no creía. Finalmente, respondió:

—No te ofendas, Elinor, si los elogios que yo pueda hacer de Edward no se equiparan en todo a tu percepción de sus méritos. No he tenido tantas oportunidades como tú de apreciar hasta las más mínimas tendencias de su mente, sus inclinaciones, sus gustos; pero tengo la mejor opinión del mundo respecto a su bondad y sensatez. Lo creo poseedor de todo lo que es valioso y amable.

—Estoy segura —respondió Elinor, con una sonrisa— de que sus amigos más queridos no estarían en desacuerdo con un elogio como ese. No me imagino cómo podrías expresarte con mayor calidez.

Marianne se regocijó de ver qué fácilmente se contentaba su hermana.

—De su sensatez y bondad —continuó Elinor—, pienso que nadie que lo haya visto lo suficiente para haber conversado con él sin reservas podría dudar. Tan solo esa timidez que tantas veces lo lleva a guardar silencio puede haber ocultado la excelencia de su entendimiento y sus principios. Lo conoces lo suficiente para hacer justicia a la solidez de su valor. Pero de sus más mínimas tendencias, como tú las llamas, circunstancias específicas te han mantenido más ignorante que a mí. En diversas ocasiones él y yo nos hemos quedado mucho rato juntos, mientras tú, llevada por el más afectuoso de los impulsos, has estado absorbida por mi madre. Lo he visto mucho, he estudiado sus sentimientos y escuchado sus opiniones acerca de temas de literatura y gusto; y, en general, me atrevo a afirmar que tiene una mente cultivada, que el placer que encuentra en los libros es muy grande, su imaginación es vivaz, sus observaciones justas y correctas, y su gusto delicado y puro. Cuando se le conoce más, sus dotes mejoran en todos los terrenos, tal como lo hacen sus modales y apariencia. Es cierto que, a primera

vista, su trato no produce gran admiración y su apariencia a duras penas lleva a llamarlo apuesto, hasta que se advierte la expresión de sus ojos, que son bondadosos, y la general dulzura de su semblante. En la actualidad lo conozco tan bien que lo creo en verdad apuesto; o, al menos, casi. ¿Qué dices tú, Marianne?

—Muy pronto lo consideraré apuesto, Elinor, si es que ya no lo hago. Cuando me digas que lo ame como a un hermano, ya no veré imperfecciones en su rostro, como no las veo hoy en su corazón.

Elinor se sobresaltó ante esta declaración y se arrepintió de haberse dejado traicionar por el calor de sus palabras. Sentía que Edward ocupaba un lugar muy alto en sus afectos. Creía que el interés era mutuo, pero requería una mayor certeza al respecto para aceptar con agrado la convicción de Marianne acerca de sus relaciones. Sabía que una conjetura que Marianne y su madre hacían en un momento dado se transformaba en certeza al siguiente; que, con ellas, el deseo era esperanza y la esperanza, expectativa. Le explicó a su hermana el estado de la situación.

—No es mi intención negar —dijo— que guardo una muy buena opinión de él; que le tengo en alta estima, que me gusta.

Ante esto, Marianne estalló indignada.

—¡Estimarlo! ¡Gustarte! Elinor, qué corazón tan frío. ¡Ah, peor que frío! Sin atreverse a ser de otra forma. Utiliza esas palabras otra vez y me iré de esta pieza de inmediato.

Elinor no pudo evitar reír.

—Perdóname —le dijo—, no fue mi intención ofenderte al referirme con palabras tan mesuradas a mis propios sentimientos. Créelos más fuertes que lo declarado por mí; créelos, en fin, lo que los méritos de Edward y la esperanza de su afecto por mí podrían garantizar, sin imprudencia ni locura. Pero más que esto no debes creer. No tengo seguridad alguna de su afecto por mí. Hay momentos en que parece dudoso

que tal afecto existe; y mientras no conozca plenamente sus sentimientos, no puede extrañarte mi deseo de evitar dar alas a mi propia inclinación creyéndola o llamándola más de lo que es. En lo más profundo de mi corazón, tengo pocas, casi ninguna duda de sus preferencias. Pero hay otros puntos que se deben tener en cuenta, además de su interés. Está lejos de ser independiente. No podemos saber cómo es su madre, pero las ocasionales observaciones de Fanny acerca de su conducta y opiniones nunca nos han llevado a considerarla amable, y me equivoco mucho si Edward no es también consciente de las diversas dificultades que encontraría en su camino si deseara casarse con una mujer que no fuera o de gran fortuna o de alto rango.

Marianne se quedó atónita al descubrir en qué medida la imaginación de su madre y la suya propia habían ido más allá de la verdad.

—¡Y no estás comprometida con él! —dijo—. De cualquier manera, va a ocurrir pronto, y esta tardanza tiene dos ventajas. Yo no te perderé tan pronto y Edward tendrá más oportunidades de mejorar ese gusto natural por tu ocupación favorita, tan indispensable para tu felicidad futura. ¡Ah! Si tu genio lo llevara a aprender a dibujar también, ¡qué delicioso sería!

Elinor le había dado su verdadera opinión a su hermana. No podía considerar su inclinación por Edward bajo las favorables perspectivas que Marianne había supuesto. Había, en ocasiones, una falta de ánimo en él que, si no denotaba indiferencia, hablaba de algo casi igualmente poco prometedor. Si tenía dudas acerca del afecto que ella le profesaba, suponiendo que las tuviera, ello no debía producirle más que inquietud. No parecía posible que le causaran ese abatimiento de espíritu que a menudo le sobrevení. Una causa más razonable podía encontrarse en su situación de dependencia, que le vedaba la posibilidad de entregarse a sus afectos. Ella sabía

que el trato que la madre le daba no le proporcionaba un hogar confortable ni le daba seguridad alguna de que pudiera formar un hogar propio, si no se atenía a las ideas que ella sustentaba sobre la importancia que él debía alcanzar. Sabiendo esto, a Elinor le era imposible sentirse tranquila. Estaba lejos de confiar en ese resultado de las preferencias de Edward que su madre y hermana daban por seguro. No, cuanto más tiempo estaban juntos, más dudosa le parecía la naturaleza de su afecto; y a veces, durante unos pocos y dolorosos minutos, creía que no era más que simple amistad.

Pero, fueran cuales fueran en realidad sus límites, ese afecto fue suficiente, apenas lo percibió la hermana de Edward, para intranquilizarla; y, al mismo tiempo (lo que era más usual aún), para sacar a la luz sus malos modales. Aprovechó la primera oportunidad que encontró para ofender a su suegra hablándole de las grandes expectativas que tenían para su hermano, de la decisión de la señora Ferrars con respecto a que sus dos hijos se casaran bien y del peligro que acechaba a cualquier joven que quisiera ganárselo que la señora Dashwood no pudo fingir no darse cuenta ni mantenerse tranquila. Le dio una respuesta que revelaba su desdén y abandonó el cuarto, mientras tomaba la decisión de que, más allá de los inconvenientes o gastos que ocasionara una partida súbita, su querida Elinor no debía estar expuesta ni una semana más a tales insinuaciones.

En este estado de ánimo se encontraba cuando le llegó una carta por correo con una propuesta oportuna. Un caballero distinguido y dueño de importantes propiedades en Devonshire, pariente suyo, le ofrecía una casa pequeña en términos muy convenientes. La carta, firmada por él mismo, estaba escrita en un tono servicial. Entendía que ella necesitaba un alojamiento y, aunque lo que ahora le ofrecía era una simple casita de campo, le aseguraba que se le haría todo lo que ella pensara necesario, si la ubicación le agradaba. La urgía con

insistencia, tras describirle en detalle la casa y el jardín, a ir a Barton Park, donde estaba su residencia y desde donde ella podría juzgar por sí misma si la casita de Barton –porque ambas casas pertenecían a la misma parroquia– podía ser arreglada a su conveniencia. Parecía ansioso de acomodarlas, y su carta estaba redactada en un estilo tan amistoso que no podía sino complacer a su primo, en especial en un momento en que sufría por el comportamiento frío e insensible de sus parientes más cercanos. No necesitó tiempo para deliberaciones o consultas. Nada más leer la carta tomó su decisión. La ubicación de Barton en un condado tan distante de Sussex como Devonshire, algo que tan solo unas horas antes habría constituido objeción suficiente para contrarrestar las posibles bondades del lugar, era ahora su principal ventaja. Abandonar el vecindario de Norland ya no parecía un mal; era un objeto de deseo, una bendición en comparación con la miseria de seguir siendo huésped de su nuera. Y alejarse de ese lugar amado iba a ser menos doloroso que habitar en él o visitarlo mientras esa mujer fuera su dueña y señora. De inmediato le escribió a sir John Middleton manifestándole agradecimiento por su bondad y aceptando su proposición; luego se apresuró a mostrar ambas cartas a sus hijas, asegurándose de su aprobación antes de enviarlas.

Elinor había pensado siempre que sería más prudente para ellas establecerse a alguna distancia de Norland antes que entre sus actuales conocidos, por lo que no se opuso a las intenciones de su madre de irse a Devonshire. La casa, además, tal como la describía sir John, era de dimensiones tan sencillas y el alquiler tan moderado que no le daba derecho a objetar punto alguno; y así, aunque no era un plan que atrajera su fantasía y aunque significaba un alejamiento de Norland que excedía sus deseos, no intentó disuadir a su madre de escribir aceptando el ofrecimiento.

CAPÍTULO V

En cuanto envió su respuesta, la señora Dashwood se permitió el placer de anunciar a su hijastro y esposa que contaba con una casa y que, en el momento en que todo estuviera listo para habitarla, ya no los incomodaría más. La escucharon con sorpresa. La señora de John Dashwood no dijo nada, pero su esposo manifestó cortésmente que esperaba que no se fueran lejos de Norland. Con gran satisfacción, la señora Dashwood le respondió que se iban a Devonshire. Edward levantó los ojos al oír esto, y, con una voz de sorpresa y preocupación que no requirió de mayor explicación para la señora Dashwood, repitió:

—¡Devonshire! ¿De verdad se van allí? ¡Tan lejos! ¿Y a qué parte?

Ella le explicó la ubicación. Estaba a cuatro millas al norte de Exeter.

—Solo es una casita de campo —continuó—, pero espero ver allí a muchos de mis amigos. Será fácil agregarle una o dos habitaciones; y, si mis amigos no encuentran impedimento en viajar tan lejos para verme, con seguridad yo no lo encontraré para acomodarlos.

Concluyó con una generosa invitación al señor John Dashwood y a su esposa para que la visitaran en Barton; y a Edward le extendió otra con mayor afecto. Aunque en su última conversación con su nuera las expresiones de esta la habían influido en la decisión de no permanecer en Norland más de lo que era inevitable, no produjeron en ella el

efecto al que apuntaban: separar a Edward y Elinor estaba tan lejos de ser su objetivo como lo había estado antes; y con esa invitación a su hermano deseaba mostrarle a la señora de John Dashwood qué escasa importancia daba a su desaprobación de esa unión.

El señor John Dashwood le repitió a su madrastra una y otra vez que lamentaba que hubiera elegido casa a una distancia tan grande de Norland que le impediría ofrecerle sus servicios para el traslado de su mobiliario. Se sentía en verdad molesto con la situación, porque hacía impracticable el esfuerzo al que había limitado el cumplimiento de la promesa a su padre. Los enseres fueron enviados por mar. Consistían principalmente en ropa de casa, cubiertos, vajilla y libros, junto con el hermoso piano de Marianne. La señora de John Dashwood vio partir los bultos con un suspiro; no podía evitar sentir que, como la renta de la señora Dashwood iba a ser tan insignificante comparada con la suya, le correspondía llevarse cualquier artículo hermoso.

La señora Dashwood arrendó la casa por un año; ya estaba amueblada, y podía tomar posesión de ella de inmediato. Ninguna de las partes interesadas opuso dificultad alguna al acuerdo, y ella esperó tan solo a que llegaran sus pertenencias desde Norland y a decidir su futuro servicio doméstico antes de partir hacia el oeste; y esto, dada la extrema rapidez con que llevaba a cabo todo lo que le interesaba, pronto estuvo hecho. Los caballos que le había dejado su esposo habían sido vendidos tras su muerte y, habiéndosele ofrecido ahora una oportunidad de disponer de su carruaje, aceptó venderlo a instancias de su hija mayor. Si hubiera dependido de sus únicos deseos, se lo habría quedado, para mayor comodidad de sus hijas; pero prevaleció el buen juicio de Elinor. Fue también su sabiduría la que limitó el número de sirvientes a tres, dos doncellas y un hombre, seleccionados entre los que habían constituido su servicio en Norland.

El hombre y una de las doncellas partieron de inmediato hacia Devonshire a preparar la casa para la llegada de su ama, pues, como la señora Dashwood no conocía a lady Middleton, prefería llegar directo a la casa de campo antes que hospedarse en Barton Park; y confió con tal seguridad en la descripción que sir John había hecho de la casa que no sintió curiosidad de examinarla por sí misma hasta que entró en ella como su dueña. La evidente satisfacción de su nuera ante la perspectiva de su partida, apenas disimulada tras una fría invitación a quedarse un tiempo más, mantuvo intacta su ansiedad por alejarse de Norland. Ahora era el momento en que la promesa de John Dashwood a su padre podría haberse cumplido con especial idoneidad. Como había descuidado hacerlo al llegar a la casa, el momento en que ellas la dejaban parecía el más adecuado. Pero pronto la señora Dashwood abandonó toda esperanza al respecto y comenzó a convencerse, por el sentido general de sus palabras, de que su ayuda no iría más allá de haberlas mantenido durante seis meses en Norland. Tan a menudo se refería él a los crecientes gastos del hogar y a las demandas monetarias a que estaba expuesto cualquier caballero de alguna importancia que más parecía estar necesitado de dinero que dispuesto a darlo.

Pocas semanas después del día que trajo la primera carta de sir John Middleton a Norland, todos los arreglos estaban avanzados en su futuro alojamiento, así que la señora Dashwood y sus hijas pudieron comenzar su viaje.

Muchas fueron las lágrimas que derramaron en sus últimos adioses a un lugar que tanto habían amado.

—¡Querido, querido Norland! —repetía Marianne mientras deambulaba sola ante la casa la última tarde que estuvieron allí—. ¿Cuándo dejaré de extrañarte?; ¿cuándo aprenderé a sentir como un hogar cualquier otro sitio? ¡Ah, dicha casa! ¡Cómo podrías saber lo que sufro al verte ahora

desde este lugar, desde donde puede que no vuelva a verte!
¡Y vosotros, árboles que me resultáis tan familiares! Vosotros seguiréis iguales. Ninguna hoja se marchitará porque nosotras nos vayamos, ninguna rama dejará de agitarse aunque ya no podamos mirarlas. No, seguirán iguales, inconscientes del placer o la pena que ocasionan e insensibles a cualquier cambio en los que caminan bajo sus sombras. Y ¿quién quedará para disfrutarlos?

CAPÍTULO VI

La primera parte del viaje transcurrió en medio de un ánimo tan melancólico que no pudo resultar sino tedioso y desagradable. Pero, a medida que se aproximaban a su destino, el interés en la apariencia de la región donde habrían de vivir se sobrepuso a su decaimiento, y la vista del Valle Barton mientras iban entrando en él fue llenándolas de alegría. Era una comarca agradable, fértil, boscosa y rica en pastizales. Tras un recorrido de más de una milla, llegaron a su propia casa. En el frente, un jardín constituía la totalidad de sus dominios, al que una pulcra portezuela de rejas les permitió la entrada.

Como vivienda, la casita de Barton, aunque pequeña, era confortable y sólida; pero en tanto casa de campo era defectuosa, porque la construcción era regular, el techo tenía tejas, las celosías de las ventanas no estaban pintadas de verde ni los muros estaban cubiertos de madreselva. Un corredor angosto llevaba directo a través de la casa al jardín del fondo. A ambos lados de la entrada había una salita de estar de aproximadamente dieciséis pies cuadrados; y luego estaban las dependencias de servicio y las escaleras. Cuatro dormitorios y dos buhardillas componían el resto de la casa. No había sido construida hacía muchos años y estaba en buenas condiciones. En comparación con Norland, ¡era pequeña y pobre! Pero las lágrimas que hicieron brotar los recuerdos al entrar muy pronto se secaron. Las alegró el entusiasmo de los sirvientes y cada una, pensando en las

otras, decidió parecer contenta. Recién comenzaba septiembre, el tiempo era hermoso y, desde la primera visión que tuvieron del lugar bajo las ventajas de un buen clima, la impresión favorable fue de primordial importancia para avalar su más firme aprobación.

La ubicación de la casa era buena. Tras ella, y a no mucha distancia a ambos lados, se levantaban altas colinas, algunas de las cuales eran lomas abiertas, las otras cultivadas y boscosas. La aldea de Barton estaba situada casi en su totalidad en una de estas colinas y ofrecía una agradable vista desde las ventanas de la casita. La perspectiva por el frente era más amplia; se dominaba todo el valle, e incluso los campos en que este desembocaba. Las colinas que rodeaban la cabaña cerraban el valle en esa dirección; pero, bajo otro nombre y con otro curso, se abría otra vez entre dos de los montes más empinados.

La señora Dashwood se sentía satisfecha con el tamaño y mobiliario de la casa, pues, aunque su antiguo estilo de vida hacía indispensable mejorarla en muchos aspectos, para ella era un placer ampliar y perfeccionar las cosas; y en ese momento contaba con dinero suficiente para dotar a los aposentos de todo lo que requerían para resultar más elegantes.

—En cuanto a la casa misma —dijo—, sin duda es demasiado pequeña para nuestra familia; pero estaremos cómodas por el momento, ya que se encuentra muy avanzado el año para realizar mejoras. Quizá en la primavera, si tengo suficiente dinero, como me atrevo a decir que tendré, podremos pensar en construir. Estas dos salitas son demasiado pequeñas para los grupos de amigos que espero ver a menudo reunidos aquí; y tengo la idea de llevar el pasillo dentro de una de ellas, quizá con una parte del otro, y dejar lo restante como vestíbulo; esto, junto con una nueva sala, que puede ser añadida fácilmente, y un dormitorio

y una buhardilla arriba, harán de esta una casita muy acogedora. Desearía que las escaleras fueran más lindas. Pero no se puede todo, aunque supongo que no sería difícil ampliarlas. Ya veré cuánto le debo al mundo cuando llegue la primavera, y planificaremos nuestras mejoras de acuerdo con ello.

Entretanto, hasta que estos cambios pudieran llevarse a cabo con los ahorros de una mujer que nunca había economizado en su vida y que contaba con unos ingresos de quinientas libras al año, sabiamente se contentaron con la casa tal como estaba; y cada una se preocupó y empleó en organizar sus propios asuntos, distribuyendo sus libros y otras posesiones para hacer de la casa un hogar. Desembalaron el piano de Marianne y lo ubicaron en el lugar más adecuado, y colgaron los dibujos de Elinor en los muros de la sala.

Al día siguiente, apenas terminado el desayuno, se vieron interrumpidas en sus ocupaciones por la llegada del propietario de la cabaña, que se presentó para darles la bienvenida a Barton y ofrecerles todo aquello de su propia casa y jardín que les pudiera faltar en el momento. Sir John Middleton era un hombre bien parecido de unos cuarenta años. Antes había estado de visita en Stanhill, pero hacía de ello demasiado tiempo para que sus jóvenes primas lo recordaran. Su semblante revelaba buen humor y sus modales eran tan amistosos como el estilo de su carta. Parecía que la llegada de sus familiares lo llenaba de auténtica satisfacción y que su comodidad era objeto de verdadero desvelo para él. Se explayó en su profundo deseo de que ambas familias vivieran en los términos más cordiales y las exhortó tan afablemente a que cenaran en Barton Park todos los días hasta que estuvieran mejor instaladas en su hogar que, aunque insistía en sus peticiones hasta un punto que sobrepasaba la buena educación, era imposible sentirse ofendido

por ello. Su bondad no se limitaba a las palabras, porque, una hora después de que se fuera, llegó desde la finca un gran cesto de hortalizas y frutas, seguido antes de terminar el día por algunas piezas de caza. Más aún, insistió en llevar sus cartas al correo y traer las que les llegaran, y se negó a que lo privaran de la satisfacción de enviarles a diario su periódico.

Lady Middleton les había mandado con él un mensaje muy cortés, en el que manifestaba su intención de visitar a la señora Dashwood tan pronto como pudiera estar segura de que su llegada no le significaría un inconveniente, y, como este mensaje recibió una respuesta igualmente atenta, al día siguiente les presentó a la señora.

Por supuesto, estaban ansiosas de ver a la persona de quien debía depender tanto su comodidad en Barton, y la elegancia de su apariencia les impresionó favorablemente. Lady Middleton no tenía más de veintiséis o veintisiete años, era de hermoso rostro, figura alta y llamativa y trato gracioso. Sus modales tenían todo el refinamiento del que carecía su esposo. Pero le habría venido bien algo de su franqueza y calidez. Y su visita se prolongó lo suficiente como para disminuir en algo la admiración inicial que había provocado, al mostrar que, aunque educada, era reservada, fría, y no tenía nada que decir por sí misma más allá de preguntas u observaciones trilladas.

No faltó, sin embargo, la conversación, porque sir John era locuaz y lady Middleton había tenido la sabia precaución de llevar con ella a su hijo mayor, un guapo muchachito de unos seis años que ofreció en todo momento un tema al que recurrir en caso de urgencia. Debieron indagar su nombre y edad, admirar su apostura y hacerle preguntas, que su madre contestaba en su lugar mientras él se mantenía pegado a ella con la cabeza gacha, timidez que resultaba extraña cuando en su casa tendía a hacer bastante ruido. Y hacía pensar en

lo útil que resultaba la presencia de un niño en las visitas formales. En el caso actual, tomó diez minutos decidir si el niño se parecía más al padre o a la madre y en qué cosa en especial, ya que todos discrepaban y cada uno se manifestaba estupefacto ante la opinión de los otros.

Muy pronto las Dashwood tuvieron una nueva oportunidad de conversar sobre el resto de los niños, porque sir John no dejó la casa sin que antes le prometieran cenar con ellos al día siguiente.

CAPÍTULO VII

Barton Park estaba más o menos a media milla de la cabaña. Las Dashwood habían pasado cerca de allí al cruzar el valle, pero desde su hogar no lo veían, pues lo tapaba el saliente de una colina. La casa misma era amplia y hermosa, y los Middleton vivían de manera que se conjugaba la hospitalidad y la elegancia. La primera se daba para satisfacción de sir John, la última para la de su esposa. Casi nunca faltaba algún amigo alojado con ellos en la casa, y recibían más visitas que ninguna otra familia de los alrededores. Esto era necesario para la felicidad de ambos, dado que, a pesar de sus diferentes caracteres y comportamientos, se parecían en la total falta de talento y gusto, carencia que limitaba a un rango estrecho las ocupaciones no relacionadas con la vida social. Sir John estaba entregado a los deportes, lady Middleton lo estaba a la maternidad. Él cazaba y practicaba el tiro, ella consentía a sus hijos; y estos eran sus únicos recursos. Lady Middleton tenía la ventaja de poder mimar a sus hijos durante todo el año, ya que las ocupaciones independientes de sir John le dejaban libre solo la mitad del tiempo. No obstante, continuos compromisos en la casa y fuera de ella suplían las deficiencias de su naturaleza y educación, alimentaban el buen ánimo de sir John y permitían que su esposa ejercitara su buena crianza.

Lady Middleton se preciaba de la elegancia de su mesa y de sus arreglos domésticos, y de esta clase de vanidad extraía

las mayores satisfacciones en todas sus reuniones. En tanto el gusto de sir John por la vida social era más real; disfrutaba de reunir en torno a él a más gente joven de la que cabía en su casa, y cuanto más ruidosa era, mayor era su alegría. Era una bendición para la juventud de la vecindad, ya que en verano reunía a grupos de personas para comer jamón frío y pollo al aire libre, y en invierno sus bailes privados eran lo suficientemente numerosos para cualquier muchacha que no tuviera quince años.

La llegada de una nueva familia a la región era motivo de alegría para él, y desde todo punto de vista estaba encantado con las inquilinas que había conseguido para su cabaña en Barton. Las señoritas Dashwood eran jóvenes, bonitas y sencillas, de modales poco afectados. Eso bastaba para asegurar su buena opinión, porque la falta de afectación era todo lo que una chica bonita podía necesitar para hacer de su espíritu algo tan cautivador como su apariencia. Complació a sir John en su carácter amistoso la posibilidad de hacer un favor a aquellos cuya situación podía considerarse adversa si se la comparaba con la que habían tenido en el pasado. Así, sus muestras de bondad a sus primas satisfacían su buen corazón; y, al establecer en la casita de Barton a una familia compuesta solo de mujeres, obtenía todos los placeres de un deportista; porque un deportista, aunque solo estima a los representantes de su sexo que también lo son, pocas veces se muestra deseoso de alojarlos en su territorio.

Sir John recibió a la señora Dashwood y a sus hijas en la puerta de la casa, les dio la bienvenida a Barton Park con espontánea sinceridad y, mientras las guiaba hasta el salón, repetía la preocupación que el mismo tema le había causado el día anterior, esto es, que no hubiera ningún joven elegante e ingenioso para presentarles. Ahí solo había otro caballero además de él, según dijo; un amigo especial que

se estaba quedando en la finca, pero que no era ni muy joven ni muy alegre. Esperaba que le disculparan lo escaso de la concurrencia y les aseguró que no volvería a repetirse. Había visitado a varias familias esa mañana, con la esperanza de conseguir a alguien más para hacer mayor el grupo, pero había luna y todos estaban llenos de compromisos para esa noche. Afortunadamente, la madre de lady Middleton había llegado a Barton a última hora y, como era una mujer muy agradable, esperaba que las jóvenes no encontraran aburrida la reunión. Ellas, al igual que su madre, estaban satisfechas con tener a dos personas por completo desconocidas entre la concurrencia, y no deseaban más.

La señora Jennings, la madre de lady Middleton, era una mujer mayor, de excelente humor, gorda y alegre, muy habladora, y parecía feliz y algo vulgar. Estaba llena de bromas y risas, y antes del final de la cena había dado repetidas muestras de su ingenio en el tema de enamorados y maridos; había manifestado sus esperanzas de que las muchachas no hubieran dejado sus corazones en Sussex, y fingía haberlas visto ruborizarse, lo hubieran hecho o no. Marianne se sintió molesta por ello a causa de su hermana y, para ver cómo sobrellevaba estos ataques, miró a Elinor con una ansiedad que le produjo a esta una incomodidad mucho mayor que la que podían generarle las triviales bufonadas de la señora Jennings.

El coronel Brandon, el amigo de sir John, con sus modales silenciosos y serios, parecía tan poco adecuado para ser su amigo como lady Middleton para ser su esposa, o la señora Jennings para ser la madre de lady Middleton. Su apariencia, sin embargo, no era desagradable, a pesar de que a juicio de Marianne y Margaret era un solterón sin remedio, porque ya había pasado los treinta y cinco y entrado en la zona deslucida de la vida; pero, aunque no era de rostro

apuesto, había inteligencia en su semblante y una particular caballerosidad en su trato.

Nadie de la concurrencia tenía nada que lo recomendara como compañía para las Dashwood; pero la fría insipidez de lady Middleton era tan especialmente poco grata que, comparadas con ella, la gravedad del coronel Brandon e incluso la bulliciosa alegría de sir John y su suegra eran interesantes. La alegría de lady Middleton solo pareció brotar después de la cena con la entrada de sus cuatro ruidosos hijos, que la tironearon de aquí allá, desgarraron su ropa y pusieron fin a todo tipo de conversación, salvo la referida a ellos.

Al atardecer, como descubrieron que Marianne tenía aptitudes musicales, la invitaron a tocar. Abrieron el instrumento, todos se prepararon para dejarse cautivar, y Marianne, que cantaba muy bien, interpretó la mayoría de las canciones que lady Middleton había aportado a la familia al casarse, y que quizá habían permanecido desde entonces en la misma posición sobre el piano, ya que la señora había celebrado ese acontecimiento renunciando a la música, aunque según su madre tocaba muy bien y, según ella misma, era aficionada a hacerlo.

La actuación de Marianne fue muy aplaudida. Sir John manifestaba sonoramente su admiración al finalizar cada pieza, e igual de sonora era su conversación con los demás mientras duraba la canción. A menudo lady Middleton lo llamaba al orden, se extrañaba de que alguien pudiera distraer su atención de la música siquiera por un momento y le pedía a Marianne que cantara una canción en especial que justo acababa de terminar. Solo el coronel Brandon, entre toda la concurrencia, la escuchaba sin arrebatos. Ese era su único cumplido, y ella sintió por él un respeto que los otros con toda razón habían perdido por su desvergonzada falta de gusto. El placer que el coronel mostraba ante

la música, aunque no llegaba al éxtasis que ella consideraba compatible con su propio deleite, era digno de estimación frente a la horrible insensibilidad del resto; y ella era lo bastante sensata como para conceder que un hombre de treinta y cinco años bien podía haber dejado atrás en su vida toda agudeza de sentimientos y cada exquisita facultad de gozo. Estaba perfectamente dispuesta a hacer las concesiones necesarias a la avanzada edad del coronel que un espíritu humanitario exigiría.